

# JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO Y FERNANDO LARRAZ / FICCIONES DE UN AÑO CORRIENTE

## La narrativa española en 2019

El panorama de la narrativa es tan extenso y variado que los balances anuales resultan siempre resbaladizos. En el caso de 2019, adentrarse en él implica además acercarse a un campo condicionado por la vigencia de algunos fenómenos de años precedentes, desde el impacto de *Lectura fácil* (Anagrama, 2018), revitalizado por la polémica originada por la concesión del Premio Nacional de Narrativa, hasta la permanencia de *Patria* (Tusquets, 2016), que, camino del *long-seller* y ante el inminente estreno de su adaptación televisiva, perpetúa su presencia mediática. La continuidad es perceptible también en la relevancia de determinadas líneas, tales como la autoficción, el realismo y la novela negra, así como en la continuidad protagónica de una serie de escritores bien reconocidos. A ello se une un relativo retraimiento de las llamadas pequeñas editoriales o editoriales independientes, cada vez más volcadas en la publicación de literatura extranjera, que en años precedentes habían permitido la aparición de interesantes narradoras y narradores noveles.

## Últimas noticias de novelistas veteranos

Entre los nombres consagrados de las letras actuales, varios autores veteranos, canónicos en algunos casos, con décadas de dedicación a la escritura narrativa, sobre los que existe una extensa bibliografía y hemerografía y algunas tesis doctorales, han publicado obra nueva en el pasado año. Con solo dos salvedades, es improbable que sus libros vayan a suponer un hito significativo en sus trayectorias; más bien, servirán para apuntalarlas con textos que no han de sobresalir en trayectorias eximias y bien registradas.

Es el caso claro de *Juventud de cristal* (Alfaguara), de Luis Mateo Díez: para sus lectores, su voz es perfectamente perceptible en el ritmo lento y cadencioso y el lenguaje voluntariamente estilizado, en el atemporal y cerrado universo espacial de la provincia —de una provincia irreal, nebulosa, mítica, pero a veces muy reconocible—, en los personajes frágiles, en el tono melancólico e irreal... La historia está compuesta con los recuerdos de juventud de Mina, que habita la geografía de las Ciudades de Sombra, caracterizada por su afán asistencial, que la lleva a tratar de auxiliar a los heridos y a comprender las motivaciones y los comportamientos de tantos otros personajes que, arrastrados por el distintos afanes y dolores, los acercan a una extravagancia rayana en el surrealismo. La obra de Díez es una de las más coherentes de la novelística española actual; no presenta estridencias ni virajes desde hace casi treinta años, por lo que tampoco cabe esperar sorpresas de él. No cabe duda de que *Juventud de cristal* encaja perfectamente, para bien y para mal, en ese magno proyecto narrativo; es una novela a la altura de su autor que, sin aportar nada sustancialmente nuevo a su universo literario, sirve para complementarlo.

Otro tanto cabe decir de la última novela de Enrique Vila-Matas, *Esta bruma insensata* (Seix Barral): metaliteratura, indefinición genérica e intertextualidad nutren su escritura y cada una de estas moda-

lidades alimenta alguna de las obsesiones del autor, a las que da en esta ocasión una nueva vuelta de tuerca: el conflicto entre la escritura —y la confianza en la palabra literaria— y la renuncia —derivada del descrédito del lenguaje— y las interferencias inevitables de la biografía del escritor en su obra y la consecuente elisión de las fronteras entre vida y ficción. Están también sus inclinaciones literarias: personajes cuyo intelectualismo los ha convertido en vagamundos, sarcasmos contra la mala crítica, reflexiones sobre la originalidad literaria, la tradición y el plagio, juegos, ocurrencias, digresiones... y el hecho de que toda realidad contemporánea sea ajena o como mucho se quede en los umbrales de la vicisitudes de los personajes; en este caso se constatan las sacudidas del *procés*, pero no son sino un telón irrelevante que coincide con los conflictos de los personajes sin influir en ellos. No muy distinto es lo que cabe decir de un autor tan diverso de Vila-Matas como Eduardo Mendoza. Su última novela, *El negociado del yin y el yang* (Seix Barral), es una continuación de las aventuras de Rufo Batalla, presentado hace dos años como protagonista de *El rey recibe* (Seix Barral, 2018). En esta segunda entrega, la atemperación del disparate descacharrante de la primera se desvanece y regresa el Mendoza de las novelas más gamberras, que es el Mendoza más reincidente y exitoso; aquel que gusta de acumular personajes exageradamente estrambóticos a los que pone en situaciones disparatadas, en una parodia continuada.

También es preciso detenerse en la última novela de Antonio Muñoz Molina, *Tus pasos en la escalera* (Seix Barral). Allí están las preocupaciones colectivas y la zozobra sentimental y emocional que se reflejan en individuos atribulados. La historia se mueve entre Nueva York y Lisboa, espacios urbanos que no son inéditos en la obra de Muñoz Molina, donde vive y ha vivido el matrimonio protagonista cuyo amor y cuya separación temporal son sendos ejes de la historia. ¿Cómo valorar la acumulación de personajes, impresiones de la ciudad, anécdotas aparentemente inconexas? Parece obvio que la voluntad de cohesión que persigue Muñoz Molina con estos materiales no es convencional: los recuerdos, las miradas, los procesos psicológicos, los razonamientos y las caídas en la irracionalidad trenzan una identidad compleja, la de Bruno, construida con los materiales de su memoria, la realidad circundante de su presente y el vértigo que le suscita el futuro. Lo más logrado es la reflexión, a través del personaje protagonista, acerca de los riesgos que acechan al ser humano: el miedo, la soledad, en definitiva, la angustia que despierta la eventualidad de la nada y la fragilidad de los refugios que nos construimos para resistirla.

Son especialmente remarcables en este apartado dos novelas de sendos autores extremeños. Gonzalo Hidalgo Bayal publicó a comienzos del año *La escapada* (Tusquets), la historia de un hombre sin atributos que un día se encuentra por un azar con el narrador de esta novela —que no es otro que Gonzalo Hidalgo Bayal— después de cuarenta años sin verse. La novela se convierte en radiografía de la soledad absoluta y en ello reside una buena parte de su fuerza lírica. Es la evocación de una vida cargada de melancolía y nostalgia; es también la constatación de un fracaso irreparable e inevitable, admitido con estoicismo pero fracasado a fin de cuentas. Que Hidalgo Bayal

no haya alcanzado un reconocimiento mayor del que goza es una anomalía del sistema literario. El mayor motivo de lamento en este sentido no es la fama injustamente escamoteada sino el hecho de que su escritura no sirva de modelo a un mayor número de escritores jóvenes. Su carrera tardía es un ejemplo de gusto admirable, de prosa cadenciosa, lírica y precisa, cuidada hasta el extremo, en la que un ocasional artificio lingüístico —neologismos, palíndromos, paradojas— posee siempre una razón de ser, al igual que la serena actitud humorística con el que alivia la pesadumbre y soledad de sus personajes, que, como el espacio físico que ocupan, suelen ser melancólicos, fracasados y proclives al vicio de la memoria.

La otra gran novela —quizá la mejor del año— que cabe reseñar en este apartado es *Lluvia fina* (Tusquets). Con ella, Luis Landero ha trazado la estampa más tenebrosa de las relaciones familiares, narrada a varias voces, todas con un mismo personaje como oyente. El humanismo de Landero se diluye en una narración devastadora en la que el daño resplandece por doquier ofreciendo sin disimulos una imagen degradada del ser humano. Desaparece también la evasión —tan recurrente en la prosa de Landero— del individuo mediocre pero bueno, redimido de sus penurias materiales y espirituales gracias a la fantasía. En el ámbito de esta familia, la realidad se manifiesta terriblemente sórdida y vulgar, sin heroísmos siquiera fingidos ni afectos reales, todo vencido por el resentimiento, la envidia, la frustración, el egoísmo, la vileza y la obsesión. La novela escarba en el alma humana sin miedo a enfangarse en ella. El estilo de Landero se caracteriza por una naturalidad extraordinaria; siempre ha carecido de afectación expresiva, pues no la necesita para narrar lo que se propone, pero su escritura es de una precisión perfecta. En este caso, se construye el relato en el contrapunto del decir de cada cual, en cómo han construido las verdades que los justifican con base en sus memorias respectivas, cómo, poco a poco, las palabras van minando la estabilidad de la única inocente. Pero la degeneración, observada de manera minuciosa, no le hace caer en la delectación en lo sórdido, en crudezas innecesarias; afortunadamente, hay más dolor que mugre en esta novela.

### Destellos en el género negro

La novela negra continuó en el año 2019 con su situación referencial en el campo literario nacional. Manifestada en la publicación de numerosos títulos, en su cada vez mayor recurrencia en los catálogos editoriales generalistas y en el mantenimiento de una fecunda red de festivales y encuentros de difusión y estudio por todo el territorio, su posición se vio reforzada por tres hitos, que vinieron a complementar los intentos de autores como Esther García Llovet (*Sánchez*, Anagrama), David Llorente (*Europa, Al revés*), Rosa Ribas (*Un asunto demasiado familiar*, Tusquets) o Justo Navarro (*Petis París*, Anagrama) por innovar y tratar de evitar la decadencia de un género narrativo que, pese a su éxito comercial —o quizá precisamente por eso—, avanza a pasos agigantados hacia su fosilización y decadencia.

El primero fue la publicación de *Carvalho. Problemas de identidad* (Planeta), de Carlos Zanón, ejemplo de transficción en la medida en que se basa en la utilización de un personaje preexistente y profundamente enraizado en imaginario colectivo. Del mismo modo que se ha hecho con Sherlock Holmes o Raymond Chandler, cuyos particulares universos diegéticos han sido empleados por nuevos autores para continuar, complementar o subvertir sus historias originales, Zanón toma al protagonista de Vázquez Montalbán, tal vez el más icónico de toda

la narrativa negra española, y lo hace protagonista de una trama investigadora en la Barcelona del siglo XXI. La principal virtud de la novela reside en trascender su condición de homenaje, y en ocasiones de parodia, para imbricarse de forma coherente tanto en la singular concepción literaria de Zanón —de la que toma su argumento deslavado, su poética prosa, sus continuas referencias a la cultura popular, su retrato social y su capacidad para desarrollar personajes, en algunos casos presentes en algunas de sus obras anteriores, con las que establece así un interesante diálogo intertextual— como en la tradición instaurada por Vázquez Montalbán, a cuya serie se adscribe con distancia, pero también con respeto y cierto continuismo.

Otra de las publicaciones que consiguió alcanzar la condición de acontecimiento en 2019 fue la de *El último barco* (Siruela), tercera parte de la serie que Domingo Vilar comenzara hace más de una década con *Ojos de agua* (Siruela, 2006) y *La playa de los ahogados* (Siruela, 2009). Editada al mismo tiempo en gallego y en español gracias al peculiar modo de escribir de su autor, que combina la autotraducción con la escritura simultánea en ambas lenguas, la novela se convirtió en uno de los éxitos de crítica y ventas del año, pese a que ni su prolijidad —más de setecientas páginas— ni la morosidad de su ritmo narrativo parecen adecuarse a los estándares de la narrativa contemporánea. *El último barco* confirma los principales valores de los que ya hicieron gala las anteriores obras protagonizadas por el inspector Caldas: la creación del personaje principal, ejemplo de detective solitario y desencantado, pero a la vez noble y sagaz, más cercano a iconos de la novela negra europea contemporánea que a los clásicos *hard-boiled*; la solidez del armazón argumental y la capacidad para ir disseminando información sobre la trama para aumentar el interés de la intriga; la estructura en pequeños capítulos concebidos casi como pequeñas narraciones autónomas; la introducción de escenas de humor; y la importancia del retrato costumbrista del entorno de las Rías Baixas. Lejos de ser baladí, este último elemento, manifestado en la alusión a marcas culturales —desde la gastronomía hasta los más extendidos tópicos sobre la idiosincrasia gallega— y referentes geográficos concretos, dota a la novela de un característico «color local» al tiempo que la vincula con una de las más fructíferas tendencias de la literatura negra universal de la actualidad.

Y, por último, el tercer gran hito fue la concesión del Premio Planeta a Javier Cercas por *Terra Alta*, una decisión que, al igual que la de reconocer como finalista a Manuel Vilas, combinó lo literario con lo mercadotécnico y que, en cierto modo, puede entenderse por el afán de la editorial de restituir el valor de un galardón sometido durante los últimos años a un progresivo desprestigio. A pesar de tener como sostén argumental la investigación del violento asesinato de dos ancianos y su sirvienta, se trata de una novela —interesante, aunque no especialmente bien resuelta— más de personaje que de trama, lo que redundaba en la relevancia de su protagonista, el *mosso d'esquadra* Melchor Marín, cuyo periplo vital se va relatando en una narración paralela que, gracias a un procedimiento analéptico, intercala capítulos de su vida pasada y presente. Personaje atormentado al que solo su pasión por la literatura parece salvar de una existencia condenada al fracaso, el agente comparte algunos rasgos con Miralles, el anciano excombatiente republicano que protagonizó *Soldados de Salamina* (Tusquets, 2001): si en aquella novela Cercas creó un personaje para paliar el fracaso de la búsqueda del miliciano que salvó la vida a Sánchez Mazas, en esta inventa a través de Martín una identidad y una biografía para el «héroe de Cambrils», el anónimo agente que abatió a cuatro yihadistas tras los atentados islamistas de agosto



J. SÁNCHEZ  
ZAPATERO  
Y F. LARRAZ /  
FICCIONES  
DE UN AÑO  
CORRIENTE

de 2017 en Cataluña. Así, como es habitual en la narrativa del autor, realidad y ficción se van superponiendo, en una continua difuminación de límites que no esconde que, pese al carácter autorreferencial y al abandono del modelo de «novela de sin ficción» al que se habían adscrito sus últimas obras, es posible detectar en *Terra Alta* una reflexión sobre el pasado y el presente español, en el primer caso por la ambientación de la trama en los territorios donde tuvo lugar la Batalla del Ebro y en el segundo por la sempiterna sombra del *procés* sobre todo lo que sucede en Cataluña.

### Las múltiples formas del realismo

El mismo interés por reflejar la realidad del país de la novela de Cercas puede detectarse en buena parte de las novelas que a lo largo de 2019 emplearon los diversos moldes genéricos, estilísticos y formales de la estética realista. A través de una mirada cuestionadora que evidencia la concepción de la literatura como una herramienta con la que advertir de los problemas del mundo contemporáneo, una serie de creadores se han venido a sumar a la renovación del realismo comprometido producido en la narrativa española de los últimos años. En esa tendencia, conformada por una heterogénea nómina de narradores que coinciden, más que en cuestiones formales, en la dimensión social de su escritura, podría incluirse a Sònia Hernández y Daniel García Ruiz. Mientras que la primera publicó el pasado año *El lugar de la espera* (Acantilado), un retrato colectivo y profundamente desencantado de la generación de la Transición, convertida en epitome de un país que no terminó de cristalizar los sueños de cambio que trajeron consigo las transformaciones acaecidas después de la muerte de Franco, el segundo fue el autor de *El calentamiento global* (Tusquets), una sátira terriblemente actual que, partiendo de una tenue línea argumental que arranca con un accidente laboral en una refinería, reflexiona sobre la responsabilidad ciudadana e institucional en el deterioro medioambiental del sur de España.

La capacidad para captar y mostrar con verismo las preocupaciones de la realidad circundante está también presente en *Insurrección* (Galaxia Gutenberg), la última novela de José Ovejero. Las principales virtudes del veterano escritor —que cuenta con ya con más de veintena de títulos a sus espaldas, entre narrativa, poesía, teatro y ensayo— aparecen en una obra que, con la excusa de una trama basada en un conflicto generacional que termina por ser mucho más que un simple desencuentro entre un padre y su hija, va desgranando las diferentes formas por las que el capitalismo avanzado va minando las relaciones sociales. Gracias a la capacidad del autor para mostrar lo universal a través de lo local, manifestada en la creación de personajes y pasajes con los que prácticamente cualquier lector podría identificarse, se abordan la degradación de las condiciones laborales —y la obligada complicidad de quienes no tienen más remedio que someterse a ella—, la actitud de resistencia y subversión de quienes deciden vivir al margen de la sociedad y la hipocresía de quienes por ingenuidad o egoísmo se convierten en cómplices del sistema.

Del mismo modo que la novela de Ovejero, *Formas de estar lejos* (Galaxia Gutenberg) parte de un argumento aparentemente manido: la historia del fracaso sentimental, representada en este caso por Alicia y Matty, una pareja que se conoce en un pueblo del sur de Estados Unidos. Siguiendo la clásica estructura de «ascenso y caída», la obra de Edurne Portela narra cómo los dos protagonistas comienzan una vida en común cumpliendo con casi todos los tópicos con los que se

suele identificar el éxito de una pareja hasta que, poco a poco, la relación se va resquebrajando por la progresiva irrupción de una violencia que comienza siendo latente y que termina por revelar la existencia de una asfixiante estructura de dominación. Especialmente relevador resulta el proceso por el que Alicia —mujer formada y culta de fuerte personalidad, conocedora de los resortes de la violencia social por haber crecido en el contexto del País Vasco de la década de 1980 y dispuesta a iniciar completamente sola una nueva vida en un país alejado de su entorno; brillante profesora de Literatura que va asumiendo nuevos cargos de responsabilidad en su Universidad— va degradándose, encerrándose en sí misma y en una cada vez más claustrofóbica existencia, al permitir y concebir como normales en su vida marital comportamientos que en cualquier otro entorno, incluso en las lecturas que ha de realizar para sus clases e investigaciones, rechazaría sin dudar. La novela, en consecuencia, no se ocupa tanto del fin de una relación sino de las causas que la van deteriorando y de cómo se va minando paulatinamente la convivencia entre dos personajes a los que la rutina cotidiana transforma hasta el punto de hacerlos casi irreconocibles. Lejos de lo que el argumento pudiera inducir a pensar, no se trata —o no se trata solo— de una novela sobre los diferentes modos a través de los que puede revelarse la violencia machista, pues el entorno estadounidense y la condición de extranjera que en él tiene Alicia permiten denunciar cómo el ideal de vida del «sueño americano» condena a la marginación a todo aquel que no logra encajar en la sociedad. La reflexión sobre la compleja diversidad bajo la que puede aparecer la violencia remite a la anterior novela de la autora —*Mejor la ausencia* (Galaxia Gutenberg, 2017)—, con la que, además de compartir una recurrencia estilística por la asepsia y la frase breve, cierta dimensión autobiográfica y un interés por abordar, aunque sea tangencialmente, el tema del conflicto vasco, *Formas de estar lejos* se emparenta por mostrar la imposibilidad de separar los actos violentos del entorno social, histórico, político y económico en el que se producen.

Ahora bien, convendría subrayar que la responsabilidad del escritor no siempre ha de identificarse con su preocupación por la actualidad y el contexto inmediato. De hecho, algunas de las más destacadas novelas de 2019 evidencian cómo, en ocasiones, mirar al pasado es la mejor forma de comprender el presente. En *Una tumba en el aire* (Galaxia Gutenberg), Adolfo García Ortega se sirve de la novela de no-ficción para relatar una historia real, aunque prácticamente desconocida hasta la fecha: la tortura y el asesinato de tres jóvenes que, en la primavera de 1973, fueron secuestrados en Francia por un grupo de etarras que los confundió con policías. Todo está narrado con un realismo aséptico que jamás cae en la truculencia ni en la sensiblería. La novela no esconde en ningún momento su propósito memorialista, explicitado desde su nota inicial —«ni víctimas ni asesinos merecen el olvido»— y manifestado tanto en los estremecedores pasajes que reflejan la brutalidad con la que los terroristas se ensañaron como en la minuciosa reconstrucción de la vida de los protagonistas. Impacta y emociona saber cómo eran esos tres jóvenes y sentir el vacío que dejó su muerte, pero también reconforta comprobar cómo en ocasiones la literatura puede servir para recordar a quien ya ha desaparecido para siempre.

Y es que el compromiso con la memoria tiene, más que una dimensión política, como en ocasiones se ha pretendido imponer en la cultura española, un sentido ético y humano. Así lo pone manifiesto también *La brigada 22* (Pepitas de Calabaza), la primera y muy original novela de Emilio Gancedo, que se adentra en los vericuetos de la

historia reciente española a través de la peripecia de un grupo de maquis que en la España de 1980 permanecen aún escondidos en bosque, fieles a los ideales que los llevaron a empuñar las armas en la Guerra Civil. Divertida, pero también profundamente lúcida y sensible, la obra, en la que parecen confluir el simbolismo telúrico de Julio Llamazares con el absurdo costumbrista de Rafael Azcona, demuestra que, pese a lo que muchos se empeñan en decir, ni todo se ha escrito sobre el pasado, ni mucho menos se han agotado las formas narrativas de aproximarse a él.

### Intimismos y perturbaciones

La fórmula de la novela confesional, indisimuladamente escrita desde el yo más abiertamente sentimental, le dio éxito a Manuel Vilas con *Ordesa* (Alfaguara, 2018), un éxito que corre el peligro de convertirse en fórmula bajo el control de la ya mencionada operación comercial que ha engullido su obra hace solo unos meses. Resulta casi imposible hablar de *Alegría* (Planeta) sin referirse a *Ordesa*: de una a otra, ha mutado la melancolía en celebración; la posición dolorosa de hijo en la festiva de padre; el derrumbe en sosiego; la incertidumbre en plenitud. Pero siguen caracterizando el relato la sentimentalidad —en alguna caída, el sentimentalismo—, la atención al detalle, la acumulación de escenas cotidianas y el esfuerzo constante por alcanzar la autenticidad en la expresión como si de ello dependiera la autenticidad de la propia identidad. Persisten también las virtudes de la anterior: la inequívoca belleza lírica de algunas páginas que evidencian un excelente escritor, agudamente consciente de cómo manejar las palabras para acercarse lingüísticamente a una emoción. Lectores y críticos habrán de repasar las razones del éxito que tuvo *Ordesa* y pensar si siguen estando vigentes o si la nueva novela y sus circunstancias atemperan el entusiasmo y hacen que caduquen los criterios de anteaer.

En cierto modo, pueden ubicarse en la órbita de *Alegría* otros títulos por la conexión entre vida y literatura que emanan sus páginas. Dentro del territorio de la autoficción, *Lejos de Kakanía* (Periférica), de Carlos Pardo, deviene en novela de aprendizaje a través de las experiencias de la amistad, el viaje, la herencia cultural y, sobre todo, la escritura literaria: el misterio de la creación poética, pero también la competitividad y las miserias que la vanidad produce. Análoga condición de historia de formación tiene *Cambiar de idea* (Caballo de Troya), de Aixa de la Cruz, en la que, con sinceridad y sin rastro alguno de autocomplacencia, el yo presente echa la vista atrás para deconstruir un proceso vital que desemboca en una progresiva toma de conciencia feminista. Pisando los límites que separan lo biográfico y lo ficticio se sitúa igualmente *Totalidad sexual del cosmos* (Seix Barral), de Juan Bonilla, basada en la vida y en la obra de una artista y poeta vanguardista mexicana hoy insuficientemente recordada: Nahui Olin. Se trata de una biografía novelada o de una novela biográfica, subgénero difícilmente definible, en el que se nota demasiado la tensión por la originalidad, por eludir las formas de la biografía convencional y por usar los datos de los que se dispone para alcanzar un equilibrio entre la fidelidad a los hechos y la novelización de una vida. Lo más interesante es que Bonilla no especula, o lo hace mínimamente, sino que interpreta la obra personalísima de Nahui Olin para tratar de llegar a su intimidad más recóndita.

Han sido justamente aplaudidos los cuentos de *La isla de los conejos* (Random House), de Elvira Navarro. Con ellos, la escritora demuestra al menos dos cosas: que se mueve muy bien entre el terror

psicológico, el delirio, lo irreal y lo fantástico; y que su escritura es solidaria de las virtudes del género breve, pues Navarro domina el arte del silencio y la elipsis, controla y modera los efectos sorprendentes y depura perfectamente la materia narrativa esencial. Une a la mayoría de sus cuentos la irrupción de lo maravilloso a través de una proyección mental que está en el límite de la patología o que, con frecuencia, cae en ella. Ello evoca a la protagonista de su novela *La trabajadora* (Random House, 2014), pero aquí las intimidaciones resultan mucho más sutiles al estar desprovistas de una lectura social que no terminaba de encajar. La frágil entereza ante riesgos indefinidos de los individuos que protagonizan estos cuentos crea atmósferas desasosegantes, ese algo que se suele llamar «terror psicológico» pero que aquí es mucho más que ello. Entran más decididamente en la demarcación de lo fantástico los cuentos de *El niño que comía lana* (Anagrama), de Cristina Sánchez-Andrade, marcados por un ámbito rural dotado de características míticas en el que lo maravilloso se naturaliza perfectamente porque parece estar inserto en una tradición vivida.

Con *Piel de plata* (Seix Barral), a Javier Calvo le ha salido una novela irregular. Es la historia de una travesía al fin de la noche llevada a cabo por un adolescente. Tras pasear por el filo de la insania, las drogas y la violencia, el protagonista es llevado por su autor a reencontrarse consigo mismo, a distinguirse de los demás —que son imbéciles (es lo único que le enseña su madre)—, a reconciliarse con su familia y consigo mismo y encontrar un lugar en el mundo, un poco tibio y desencantado, pero tranquilo y placentero. El relato acaba complacientemente, como una película comercial, en Nueva York, donde todo parece estar bien, salvo por una leve nostalgia por la pureza adolescente.

Fruto inequívoco de la pluma de Juan Francisco Ferré es su última novela, *Revolución* (Anagrama): futurismo, transgresión, obsesiones sexuales... están en su imaginación. Aunque con planteamiento y resultados muy distintos, hay también locura y fenómenos paranormales en *La noche fenomenal* (Anagrama), de Javier Pérez Andújar. Es el relato barroco de un grupo de náufragos que se aferran a un proyecto imposible. Probablemente al autor se le vaya la mano en más de una página, pero es difícil pensar en otra narrativa actual que sepa aunar en mejor armonía el disparate absurdo y carnavalesco por un lado y la ternura y la melancolía por el otro. Respecto a estas últimas, la melancolía reside en el hecho de que los personajes y las situaciones que viven están en claro trance de desaparición, porque la Barcelona de sus novelas es una ciudad que huye de sí misma; y en cuanto a la ternura, es la que brinda la poquedad de sus personajes y su refugio valiente en la amistad, en la curiosidad y en la ficción.

### Balance

A la vista de lo expuesto y de lo que no ha cabido en las páginas precedentes parece que 2019 no destacará ni por lo excelso ni por lo disminuido de la narrativa española en español. Si lo comparamos con años precedentes, lo más destacable no viene por la transgresión, el experimento o la sorpresa; ha descendido la producción, sobre todo de editoriales pequeñas, lo que dificulta la irrupción de voces nuevas; ninguna novela tiene visos de que se convertirá en un clásico, aunque hay algunos títulos, como los de Hidalgo Bayal, Landero o Portela, de muy apreciable factura; en fin, un año corriente.

J. S. Z.—UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
F. L.—UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

J. SÁNCHEZ  
ZAPATERO  
Y F. LARRAZ /  
FICCIONES  
DE UN AÑO  
CORRIENTE